



CUADERNOS DE MARCHA

TERCERA EPOCA, AÑO IV, NUMERO 34 AGOSTO 1988

Director fundador
CARLOS QUIJANO

CONSEJO EDITORIAL
Arturo Ardao, Fernando
Fajnzylber (Chile),
Héctor Massa, Juan
Carlos Onetti, Omar
Prego, Teresa Quijano,
Augusto Roa Bastos,
Jaime Ros (México)

DIRECTORES EDITORIALES:
José Manuel Quijano y
Mercedes Quijano

CONSEJO DE REDACCION
Hugo Achugar, Rodrigo
Arocena, María Esther Gilio,
Ma. Angélica Petit,
E. RodríguezGigena,
Judith Sutz,
Carmen Tomarfa,
Ricardo Urioste.

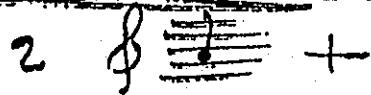
COLABORADORES:
Enrique Cárpena y Eduardo
Jacobs (Argentina),
Jaime Estévez (Chile) Adolfo
Gilly, Eduardo Milán,
Juan Carlos Plá (México),
Maluza Stein (Brasil)

REDACTORA RESPONSABLE:
María de las Mercedes
Quijano Capurro
Guayaquil 3385, piso 9

PORTADA
Ombú

**COMPOSICION POR
COMPUTADORA
Y PROCESO LASER**
Piedras 524
Teléfono 958920

REDACCION
Piedras 524
Teléfono 958004



Representación en México: Teresa Quijano. Villá. Olímpica Ed. 1. Dep. 601. Tlalpan. 14020. México.
Representación en París: Omar Prego. CEUALF, 205 Bvd. Vicent Auriol 75013, París, Francia.
COPYRIGHT Cuadernos de Marcha. No citar salvo expresa autorización.
Impresora Polo Ltda. Fotomecánica: FOTOSISTEMA, Isidoro de María 1326.
Distribuidores: Herbert Berriel y Nery Martínez, 90 51 55 Atenea S.R.L. 91 20 16.
Permiso del Ministerio de Educación y Cultura Carpeta N° 96, año 85, Inc. 2.417 Permiso del
Ministerio de Economía y Finanzas 63.908, I-2.439 Matrícula de Industria Depósito legal 205.067/86

Recuerdos de Julio

Oscar Bruscherá

Estas cuartillas que escribo -especialmente para *Cuadernos de Marcha*- esculpirán una faceta no por conocida poco importante de Julio Castro, en vísperas del oncenno año de su desaparición. No he querido rememorar al Julio argonauta de América a la que como pocos conocía por haberla ciento de veces recorrido hasta en sus más recónditos parajes, no para embelesarse con el espectáculo de sus bosques, sus montañas y sus ríos, de los vestigios de sus antiquísimas culturas o con el esplendor algo postizo de las nuevas ciudades que los españoles o sus descendientes criollos levantaron y que luego abrieron sus brazos al alud inmigratorio de múltiples procedencias, aunque algunas -las más bellas- conservaron la impronta de la hispana planta, sino para comulgar con sus gentes desaharrapadas, sufridas, esquilimadas, para convivir con comunidades indias o mestizas, para conocer sus angustias, desvelos y esperanzas y transmitirles el pequeño bálsamo de un saber comprometido y respetuoso. Hay que publicar en un pequeño volumen (chiquito y por eso barato) las notas y crónicas de Castro sobre Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Colombia, América Central, México, sobre América hispanoparlante toda. Es un desafío y un compromiso para *Cuadernos*. Sí, ya lo sé hay un cuaderno, pero es insuficiente.

Tampoco me propongo recordar al educador que otros más sapientes que yo han, con solvencia, rescatado del ingrato olvido con que los pueblos (sin proponérselo, acaso sin culpa, la culpa es de sus conciudadanos cultos) sepultan a sus hijos más preclaros, por sus esfuerzos casi anónimos, cotidianos y por eso más valederos.¹

El mayor homenaje que a Julio puede hacerse es el de recordar su obra, su trabajo sin pausas ni renunciós, callado y modesto, siempre realizado con el noble objetivo de servir, de promover el mejoramiento, la capacitación del hombre, del hombre nuestro que es la mayor riqueza que tenemos y la única que la ajena codicia no puede arrebatarlos.

Quiero contarles algo de Julio Castro el compañero de las lides periodísticas de MARCHA, el camarada en tantas luchas por ideales comunes, el ser humano en fin que tuve el privilegio de conocer y tratar en la ya lejana juventud, conocimiento y trato que se mantuvo cuando ambos atravesábamos los años de la madurez e ingresamos a la edad propecta, y que los designios inescrutables de la parca, bifurcó. Y me propongo hacerlo acudiendo a un riquísimo anecdotario que encierra en su aparente pequeñez, el sentido del humor, la picaresca tan española, la generosidad, la increíble facilidad de comunicación con la gente, de encontrar amigos a la vera de cada ruta, la limpia nobleza de sus sentimientos, el firmísimo arraigo de sus convicciones, la callada

¹Me parece oportuno mencionar el libro que Banda Oriental publicó en 1987, *Julio Castro, educador de pueblos*, con trabajos de maestros, sus colegas, Miguel Soler Rocca (La contribución de Julio Castro a la lucha contra el analfabetismo), Abner Prada (Julio Castro y la educación rural), Ubaldo Rodríguez Varela (Julio Castro, periodista de la educación) y Yolanda Vallarino (Vieja y nueva educación. El banco fijo y la mesa colectiva). Lo recuerdo con la esperanza de incitar su lectura.

modestia con que hacia lo que en cada caso, debía hacerse. Me parece increíble que alguien pudiera asesinar a Julio, tan noble era su apostura, tan sencillo y llano su trato, tan respetuoso para con los demás, así fueran sus enemigos. Algo semejante a lo que me pasa con Michelini, al que quizás por razones de edad (era dos años menor que yo), de conocimiento y fraterna amistad desde la misma adolescencia, tal vez conocia mejor. Parecía imposible que un ser humano que alguna vez hubiera cruzado su mirada con sus ojos claros, pudiera planificar el asesinato de Zelmar. Y sin embargo, fue así. Porque el asesinato de Zelmar fue planificado como una operación de alta estrategia, donde no se omitió la sucia maniobra de tratar de ensuciarlo en el mismo momento en que lo mataban. Claro el supuesto es erróneo: estábamos refiriéndonos a hombres, no a bestias. Aunque objetivamente la responsabilidad no es diferente, es igual; las circunstancias fueron distintas. A Zelmar programaron asesinarlo; a Julio no lo mataron, se les murió, porque viejo y enfermo, no pudo resistir la técnica de los "hábiles interrogatorios". Y después, para que el paralelismo continúe, hubo que urdir la farsa ya desbaratada, de que Julio se había ido, había huido, cuando no era posible ocultar que estaba muerto.

Les recuerdo en primer lugar, una anécdota que narra Alfaro con su proverbial gracejo, rememorando sus cuitas de administrador de MARCHA. Quijano se negaba a aumentar el precio del semanario y resistía la evidencia que Alfaro le mostraba (hasta con números) de que no se podía seguir con el precio viejo ante el incesante aumento de los costos (ya por entonces el contralor de la inflación no era sino una más de las múltiples paparruchas en boga). Invocaba una alarmante opinión de Batlle según la cual: "La prensa debería ser gratuita (yo sudaba) o poco menos (menos mal). No todos pueden costearla (aseguraba don Pepe) pero deberían leerla todos". Julio Castro venía en mi ayuda "No macaniés que vos no sos batllista" (*Navegar es necesario*).

Julio mismo narra en MARCHA en la edición de su vigésimo aniversario, los orígenes de la imprenta propia. Fue en la Semana Santa de 1941 en Sopas, en una estancia que Solano Ríos y Timote Peña tenían en los alrededores de la Cuchilla de Haedo. En una noche estrellada y mientras creplaba el asador, Quijano le dice a Castro: "Ahora cuando volvamos a Montevideo, tenemos que resolver el asunto de la imprenta propia. MARCHA no puede aguan-

tar más esa situación. Además con una imprenta podemos hacer una labor editorial importante". Allí en el campo, bajo aquel cielo estrellado "soñar no costaba nada". Castro responde: "Mirá yo tengo que cobrar mil pesos de un concurso de pedagogía, que gané el año pasado. Si pueden ayudar para algo ahí están". Quijano, Irazoqui y Sosa se las arreglaron para comprar una linotipo a crédito y yo pude comprar -al contado- una máquina plana que Rodolfo Canabal tenía en Rivera, sin objeto ya, después de haber desparecido el diario que en ella imprimían". "La linotipo, sigue Castro, todavía está. La impresora, que había pertenecido en el siglo pasado al Ferrocarril del Oeste Argentino, tiraba 400 ejemplares por hora y hacia un ruido tan infernal que en la imprenta y aun en el barrio, se la conoció muy pronto por la rompepedras".

Vean la generosidad de Julio. Pone a disposición el magro fruto de su trabajo. Mil pesos que aclara, entre descuentos, pitos y flautas, se redujeron a 900. Hace cuarenta años, entonces con los novecientos pesos se podía comprar una máquina plana que transformados en nuevos pesos son 0.90.

En la tercera fui espectador y cuasi víctima. Viajábamos con Julio con destino a Rocha donde había no me acuerdo bien, qué acto anti-imperialista. Ibamos en ferrocarril, en el para la época, raudo motocar que paraba en todas las estaciones y en todas hacía interminables pausas. Como Julio tenía amigos en todas partes, las aprovechaba para realizar encuentros en el andén, generalmente comandados por el maestro local. Dicen los franceses que para encontrar el acertijo de enigmáticos jeroglíficos es preciso *chercher la femme*. Para pesquisar el itinerario de Julio era necesario *chercher le maître o la maitresse*. Yo sufría con la posibilidad de que el motocar partiera y Julio se quedara. En San Carlos mi aprehensión se hizo realidad. El tren se fue y Julio se quedó. Cuando llegué a Rocha, los amigos me interrogaron expectantes: ¿No iba a venir Castro? -Conmigo venía, pero lo perdí en San Carlos. No se preocupen, faltan unas cuantas horas para el acto y espero que llegará, expliqué nada convencido. En efecto llegó tripulando un inverosímil Ford a bigotes. Terminado el acto nos reunimos en el comedor del hotel, cuyo horario los amigos de la esteña ciudad, habían gestionado y conseguido prorrogar hasta horas intempestivas. Julio volvió a desaparecer. Al rato reapareció con la cocinera a la que había ido a felicitar por el espléndido pollo guisado que

A G O S T O 1 9 8 8

nos había ofrecido. La mujer, a pesar de las molestias de nuestra insólita reunión y de la prolongación de su horario de fagina, rebosaba de felicidad por los cumplidos de Julio a su culinaria obra. Así sabía Julio llegar a la gente.

Y va la cuarta para terminar que toda cosa si es buena, doblemente lo es si es breve. Era en los tiempos de la Agrupación Nacionalista Demócrata-Social. Aunque muy peculiares, nosotros nos proclamábamos y nos sentíamos blancos. Nunca quiso Quijano darle color partidista a la prédica y orientación del semanario. Otro, más ambicioso y más certero era su objetivo. Yo que era o me creía algo leído en historia y que estaba deslumbrado por el libro de Pivel Devoto sobre los partidos tradicionales que recomponía todo el siglo XIX uruguayo, sentía aflojar mi blanquismo ante la figura y la obra de Batlle, el don Pepe que se había ido en 1929, tenía frecuentes encontronazos con Maneco Flores que escribía también en MARCHA con general beneplácito. No me molestaba que se proclamara batllista; pero sí me erizaba que dijera: -Yo soy batllista,

pero sobre todo soy colorado, y más aún que adicionara disculpas y exaltaciones para su ancestro el general Venancio Flores contra el cual mis rechazos eran casi viscerales. En una de estas escaramuzas, terció Julio para decirme: -No embromes que tu eres un blanco batllista. No medí en un primer momento la profundidad de la observación. Debieron pasar muchos años, los que transcurrieron hasta el nacimiento del Frente Amplio, para saber que la definición era exacta. Aparte de la profunda síntesis histórica que ese fenómeno político pretendía y de la exacta traducción nacional de la propuesta que hacía, para decirlo con ajenas palabras, en mi caso personal, mi entendimiento global de la historia nacional a lo largo de toda su oscilante trayectoria, era y es propiamente la de un blanco batllista a la que se le adiciona una proyección y un enfoque socialista como para que Wilson Ferreira un día en la Asamblea General, en una de aquellas sesiones previas al golpe donde todo se discutía y todo se abordaba, terminara exclamando: -A este hombre no lo entiendo.



C U A D E R N O S D E M A R C H A

etapa superada, no sólo implica desconocimiento de valores reales, sino, además, un injusto olvido de lo que constituye la fundamentación de las posiciones actuales, que nada tienen, por cierto, de definitivas".¹³

En cuanto a la Reforma, verdadera revolución de la mentalidad y la cultura nacionales, constituyó un solo largo período de varias décadas, no obstante haberse limitado a sólo tres años la acción oficial de José Pedro Varela. Pero un período internamente subdividido en varias etapas. Conforme a los desarrollos del autor — y siempre en lo que tiene que ver antes con las ideas que con las prácticas pedagógicas— sería posible establecer cuatro, susceptibles cada una de nuevas subdivisiones en estudios más detallados: 1) de 1868, año de regreso de Varela al país e inmediata creación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, hasta 1876, año de iniciación institucional de la Reforma; 2) de 1876 a 1879, año de la muerte de Varela; 3) de 1879 a 1883, año del traslado definitivo a la Argentina de Francisco Antonio Berra, influyente doctrinario pedagógico de la época; 4) de 1883 a 1903, año tomado convencionalmente — por lo que ya se verá— como el

de crisis del que había sido hasta entonces el pensamiento educacional predominante.

Del punto de vista estrictamente teórico, es de advertirse que no hubo nunca uniformidad en los impulsores del movimiento reformista, sin hablar ahora de las personales evoluciones de cada uno en el correr de los años, empezando por el propio Varela. No la hubo en la inaugural etapa programática anterior a 1876; menos la hubo cuando a partir de ese año la Reforma se puso en ejecución en todo el país. Eso no obstante, un momento hubo en que sobre diversas discrepancias que siguieron operando, una cúpula doctrinaria común se estableció: la de la educación como ciencia. En 1883, el lúcido Carlos María de Pena apuntaba las fuentes internacionales y epocales de aquel hecho, de la siguiente manera:

"El carácter científico de la pedagogía no data de mucho tiempo. No hace muchos años que se oye hablar de la **ciencia de la educación**. Puede decirse, cuando menos, que desde la aparición del darwinismo los estudios pedagógicos han tomado otro giro, en armonía con la revolución operada en las ciencias biológicas. El mundo orgánico y el inorgánico aparecen como creados de nuevo a través de las luces vivísimas que arrojan las ciencias en los últimos 30 años. Se necesita llegar a los filósofos contemporáneos para encontrar los estudios fragmentarios que constituyen el cuerpo de la ciencia de la enseñanza, o de la **ciencia de la educación** como la ha llamado el filósofo inglés Alejandro Bain".¹⁴

En lo nacional, la propia concepción científica de la educación, cuya primera presentación en el país le tocó hacer a Varela, pese a todo lo que tuvo de común denominador no fue interpretada por todos de la misma manera. Es lo que le hace escribir a Julio: "Sin embargo, puede distinguirse entre los científicos dos corrientes — a veces paralelas— que en la perspectiva histórica toman caracteres particulares: una orientada por el criterio de José Pedro Varela; la otra por el Dr. Francisco A. Berra. Ambas tenían muchos puntos comunes; pero fue bien notable la diferencia que las separó".¹⁵

El gran punto común, aparte de las ya tradicionales orientaciones de la educación popular, en tanto que democrática, obligatoria, laica y



gratuita, lo constituía el entonces novedoso carácter científico de la educación. La gran diferencia, a su vez, residía en la dosificación de teoría y práctica en la aplicación de la que se consideraba metodología científica. Mientras Berra, colocado desde 1877 al frente de la docencia normalista, acentuaba desde la cátedra los aspectos teóricos, urgido Varela por la apremiante realidad de la escuela uruguaya de la época, en la capital y en el interior, era en los aspectos prácticos que ponía el acento.

Comenta Julio:

"Es fundamental hacer la distinción entre estas dos corrientes, porque de ellas va a surgir el criterio pedagógico posterior. Es difícil sin la totalidad de los datos y a pocos años, relativamente, de los hechos, hacer una interpretación de ese interesante proceso, donde se encuentra la raíz de muchas manifestaciones actuales. Sin embargo, los elementos de que disponemos nos permiten arribar a una conclusión que desde ya puede adelantarse: si en lo práctico triunfó Varela al llevar adelante una obra que parecía imposible, en lo doctrinario — científico, como se decía entonces — tuvo mayor influencia Berra".¹⁶

Imposible internarnos aquí en todos los aspectos de la cuestión. Alguna vez hemos incurrido en ella persiguiendo el proceso de las ideas filosóficas en el Uruguay, no sin aprovechar en forma expresa algunos pasajes del libro de Julio, con quien tan entrañable contacto intelectual y humano tuviéramos desde 1931, cuando lo conocíramos, hasta el año en que nos fue arrebatado.¹⁷

Nos interesa sólo destacar un punto que resulta central con relación al tema de dicho libro: "Entre los aportes de Berra — se dice allí — que tuvieron más perdurabilidad, se encuentran algunos elementos propios de la pedagogía intelectualista que él preconizó. Uno de ellos es el tipo de disciplina o 'gobierno de la escuela'. Para Berra, el maestro era todo en la enseñanza. El niño era un ciego conducido por un lazarrillo viejo y experiente".¹⁸ Significa tanto como decir que la pedagogía de Berra vino a representar en el país una manifestación arquetípica de la llamada pedagogía tradicional o vieja educación. La anterior a la "revolución copernicana" de que hablara Dewey. Añadía Julio:

"En los veinte años posteriores a la muerte del iniciador del movimiento reformista, las dos corrientes de pensamiento en pugna en la época de la Reforma fueron fundiéndose y neutralizándose. (...) Pero si el racionalismo puro del Dr. Berra no pudo mantenerse, quedaron por lo menos sus 'leyes', que tendían a geometrizar la enseñanza. Quedó también la herencia de su espíritu en todo lo que es difícilmente transformable en las escuelas: horarios, métodos, disciplina, etc."¹⁹

Con todo:

"A través de estos veinte años el sistema de Berra fue sufriendo la revisión que impuso el proceso de fin de siglo: el científicismo de Bain y de Spencer, la práctica educacional organizada, la siempre tenaz influencia del empirismo, a los que se añadió la inicial dificultad de su aplicación. Por eso, cuando un estilete de aguda crítica inició el análisis del sistema, éste, no pudiendo subsistir, se derrumbó. Esta obra crítica la realizó el Dr. Carlos Vaz Ferreira, entonces miembro de la Dirección General de I. Primaria".²⁰

La fecha y el hecho merecen ser precisados: "En el año 1903 esta Dirección inició la publicación de "Anales", y desde el primer número, Vaz Ferreira publicó una serie de trabajos tendientes a romper el dogmatismo pedagógico y la sistematización impuestos por Berra. Sus trabajos tuvieron pleno éxito, no sólo por la limpidez crítica con que habían sido logrados, sino porque había en ellos un aspecto constructivo de sumo interés".²¹

Sin perjuicio de la persistencia real de muchas prácticas y concepciones decimonónicas, firmemente arraigadas, debe considerarse aquel año 1903 — año de la fundación de los "Anales" y de la formal iniciación de Vaz Ferreira como pedagogo teórico — el de la clausura, en lo doctrinario, del gran periodo de la Reforma, para dar paso al que Julio llama "El periodo de la crítica". Su mayor intérprete fue, por supuesto, Vaz Ferreira. Hablar de ese periodo es hablar, ante todo, del autor de los clásicos *Estudios pedagógicos*, y Julio no deja de hacerlo, dentro de los límites de su tarea.

A cierta altura apunta: "Después del periodo

vazferreiriano de crítica, la pedagogía nacional cayó en una general despreocupación por los sistemas de renovación". Hubo un momento en que pareció no ser así, pero fue sólo una apariencia: "Más o menos a los diez años de iniciarse la publicación de los "Anales", empieza a marcarse una creciente preocupación por los movimientos pedagógicos del exterior". Algunos maestros fueron comisionados a Europa, pero su entusiasmo "chocó, a su regreso, con la indiferencia ambiente, o por lo menos encontró una mínima resonancia".²³

La situación iba a experimentar un brusco cambio en la tercera década del siglo. Es con marcado retraso que la polémica internacional entre escuelas tradicionales y escuelas nuevas llega al país. Pero el expansivo movimiento innovador penetra al fin en nuestro magisterio:

"En 1922 Anales ya se hace eco de ese movimiento; en 1924 la tendencia se acentúa, pero una interrupción hace que el tomo siguiente aparezca en 1927. En el tomo de este año ya las colaboraciones — muchas de ellas conferencias dictadas en las 'reuniones semanales de maestros' — tratan del movimiento pedagógico moderno, apareciendo éste como vinculado ya definitivamente al proceso de la pedagogía nacional".²⁴

Mucho contribuyó a impulsar la nueva corriente de ideas, la aparición en el mismo 1927 de una voluminosa publicación semestral, "Enciclopedia de la Educación", difusora de los más notables trabajos extranjeros. Otros factores resultaron concurrentes: la actividad de las asociaciones magisteriales; revistas y publicaciones de diversa índole llegadas del exterior, siendo en este aspecto decisiva la bibliografía pedagógica española (con numerosas traducciones de Dewey a partir de 1926, entre las de otros autores de diferentes procedencias idiomáticas); misiones de estudio en el extranjero; espontáneos ensayos de orden práctico; y todavía, animando poderosamente el ambiente, el coetáneo debate nacional en torno al proyecto de "Parques Escolares" de Vaz Ferreira, "problema — escribe Julio — vinculado estrechamente a la cuestión de las escuelas nuevas". De todo lo cual concluye: "Puede decirse que en el año 30 los fundamentales postulados de las escuelas nuevas eran aceptados sin reservas por el magisterio nacional".²⁵

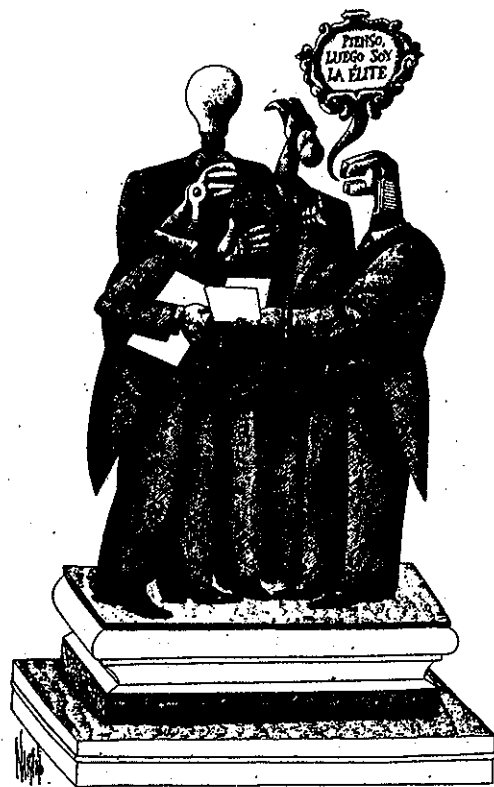
5. **E**n los años siguientes, en la conturbada década del 30, el movimiento de la nueva educación declinó en lo nacional tanto como en lo internacional, no dejando de pesar con fuerza un cúmulo de condicionantes extraescolares, desde los económicos a los políticos, con la secuela de las alteraciones de la paz, hasta la guerra mundial misma.

En lo que a nuestro país respecta, estima Julio que hubo "un evidente dislocamiento entre idea y experiencia: la nueva educación ganó, sin dificultad, adeptos; pero pocos fueron los maestros que afrontaron sus problemas en el terreno de las realizaciones".²⁶ Analiza el fenómeno en manifestaciones distintas, repartidas en dos líneas bien diferenciadas: la creación de varias escuelas experimentales y la introducción de algunas actividades innovadoras en la escuela común. Pero no puede menos que concluir: "La simple observación demuestra que lejos vivimos de los tiempos en que un verdadero fervor de renovación conmovió el ambiente escolar".²⁷

No obstante, en planos más profundos, no es en cifras negativas que el balance se cierra. Páginas más adelante escribe:

"El aliento de la escuela nueva no pasó, sin embargo, en vano. Aunque sus métodos cayeran en el olvido quedó asimilado, definitivamente, mucho de lo esencial de su espíritu. Y no podrá ya hacerse una historia de la escuela uruguaya y de las ideas que la han orientado, prescindiendo de ese período que va del 1925 a casi diez años después, y que consideramos como fundamental. Aunque no quedara en pie una sola de las prácticas que impusieran las escuelas nuevas, su influencia no sería menor; por que con ellas vino una revaloración del niño y su paso dejó en todo el mundo una nueva actitud para afrontar los problemas de su educación".²⁸

Con esa observación final se relacionan unas breves pero sustanciales consideraciones últimas, presentadas como penúltimo capítulo bajo el elocuente epígrafe de "La búsqueda de nuevos rumbos". Más allá de la antinomia instrumental de "banco fijo y mesa colectiva", símbolo de la doctrinaria de "vieja y nueva educación"²⁹, arriba Julio a la expresión de inque-



tudes ambientes — por lo menos en un sector educacional— en las que se condensa la orientación programática, tanto del gran pedagogo que estaba surgiendo, como de la nueva época que entonces se abría. Por todo lo que encierra de testimonio en su biografía intelectual, a la vez que existencial, mucho importa su reproducción en todos sus términos. La verdad es que, bien mirado, se trata de un fragmento autobiográfico:

“Hay actualmente algunos síntomas de orientación que sería injusto no destacar. No modifican el panorama desde el punto de vista de la discusión general motivo de este trabajo, pero sí tienen características propias, que pueden señalarse con cierta precisión.

“Se trata de un retorno a lo nacional. Parecería que después de haber agotado las posibilidades del exterior, se vuelve a mirar hacia el país buscando desentrañar sus problemas, a fin de lograr a éstos adecuadas soluciones. Y en verdad, hay algo de la actitud de Varela en esto de querer afincarse en la realidad nacional. “Desde el punto de vista pedagógico se trabaja con bastante intensidad en experiencias propias. Se busca en la escuela, en el trabajo de la clase, la investigación que servirá de fun-

damento a la labor escolar. Luego se rectifican rumbos y se dan nuevas orientaciones. Puede haber — y habrá seguramente— errores, pero no se puede negar que hay una honradez primaria en el trabajo así realizado; y eso, sólo eso ya es mucho.

“Porque no es con sistematizaciones deslumbrantes que se realiza escuela. Ya hay bastante literatura acumulada sin otro valor que el literario, cuando lo tiene. Momento es, pues, de realizar desde abajo, buscando caminos y hallando, en la práctica, las soluciones. Esto, en sentido estricto, es más científico que mucha de la ‘ciencia’ pedagógica que ha empapelado últimamente al mundo”.²⁹

A continuación inmediata, un párrafo que tiene hoy el valor histórico de destacar una naciente nota de aquel momento pedagógico, llamada a acentuarse bajo múltiples formas positivas en las décadas que siguieron. La registra con la lucidez y el equilibrio habituales de su inteligencia:

“Otra característica es cierto ‘renacimiento varelano’ que se manifiesta en muchos aspectos del presente escolar. Entendemos que es ésta, por su valor tradicional, una tendencia secundaria. Sin embargo, cabe señalar que hay que cuidarse de no convertirla en un salto atrás que nos lleve a fórmulas educacionales ya superadas. La revaloración de la Reforma viene muy oportuna en el presente por múltiples razones; pero no hay que olvidar que de Varela nos separa más de medio siglo de progreso y evolución”.³⁰

Y como punto final de aquel capítulo de “búsqueda de nuevos rumbos”, una crítica que contenía, por sí misma, una nueva fundamental orientación programática, destinada a ser decisiva en el pensamiento y la actividad del joven educador:

“No podemos, por último, silenciar una crítica que alcanza a la orientación de la enseñanza general. A pesar de que las autoridades han afrontado algunos problemas sociales y especialmente económicos — como los de alimentación, ropa y calzado— se nota una gran frialdad por las prácticas escolares que no sean intelectuales; se buscan soluciones para mejorar métodos y lograr mayores rendimientos, pero se nota una general indiferencia por las

actividades de orden social, manual, etc., y no es el caso de volver a la escuela verbalista e intelectualista de la que aún no hemos salido, precisamente por el camino que hemos elegido para liberarnos de ellas".³¹

6.

Desde 1868 el período de la "Reforma"; desde 1903, el período "crítico"; desde 1925, el período de la "Nueva Educación". Con el consciente convencionalismo de las fechas precisas en procesos históricos de esta naturaleza, tal era la periodización mayor que hacia Julio, con fases diversas para cada período, en la marcha seguida por las ideas pedagógicas en el país — en materia escolar— hasta 1941, año de elaboración de su libro publicado en 1942.

Investigaciones detenidas por parte de estudiosos especializados, ajustarán o reajustarán esos criterios historiográficos, por un lado; por otro, proseguirán a su hora la determinación del proceso posterior, a esta altura ya de casi medio siglo, en el que papel tan relevante le tocara al autor de aquel libro. Dicho sea sin olvido de tantos fundamentales aportes concurrentes, en lo personal y en lo colectivo, de toda su generación así como de generaciones anteriores y posteriores a la suya.

De las características generales de dicho período, así como del mencionado relevante papel de Julio, constituye desde ya un esclarecedor anticipo la arriba citada obra de Miguel Soler Roca, *Uruguay. Análisis crítico de los programas escolares de 1949, 1957 y 1979*. De su solo título se desprende una inevitable forma de periodización, con el desenlace trágico de la dictadura militar. Víctima Julio de ésta, no lo fue menos la Escuela misma, como, por lo demás, la totalidad de la enseñanza pública. Profundamente le dolió esto último, punto para él más sensible que cualquier otro en la catástrofe nacional. A él volvía con insistencia en sus asiduas cartas a sus amigos del exilio.

No podrá la historia separar el doble sacrificio de Julio y de Escuela, con todo lo que la conjunción — en los mismos años centenarios de la Reforma vareliana— tiene de realidad a la vez que de símbolo. Menos lo podrá la que ha de ser de ahora en adelante, como en su caso

la nueva "Universidad Nueva", la igualmente nueva "Escuela Nueva": la que resultará de la reconstrucción y reactivación de los dinámicos empeños de las décadas centrales del siglo. ¿Y qué otro nombre como el suyo podría personificar, sin que falte la aureola del martirio, la que será reconocida y revalidada como la segunda gran época de transformación y enriquecimiento de la escuela uruguaya, en ideas y en experiencias, después de la de Varela?

NOTAS:

- ¹ M. Soler Roca, op. cit., p. 169.
- ² M. Soler Roca, lugar cit., p.3.
- ³ J. Castro, *El banco fijo y la mesa colectiva: vieja y nueva educación*, Montevideo, 1942, p.5.
- ⁴ *Ibidem*, p. 6.
- ⁵ *Ibidem*, p. 8.
- ⁶ *Ibidem*, p. 96.
- ⁷ *Ibidem*, p. 96.
- ⁸ *Ibidem*, pp. 75 y 86.
- ⁹ *Ibidem*, p.96.
- ¹⁰ *Ibidem*, p. 107.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 29. (El subrayado es nuestro. A.A.)
- ¹² *Ibidem*, pp. 29-30.
- ¹³ *Ibidem*, p. 30.
- ¹⁴ Carlos María de Peria, artículo sobre la obra de Berra, en diario "La Razón", 10 de marzo de 1883 y ss.
- ¹⁵ J. Castro, op.cit., p.31.
- ¹⁶ *Ibidem*, pp. 31-32.
- ¹⁷ En nuestro *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Cap. XII, parágrafo 2, "Positivismo y educación. Pedagogía, de la reforma vareliana."
- ¹⁸ J. Castro, op. cit., pp. 45-46.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 49.
- ²⁰ *Ibidem*, pp. 53-54.
- ²¹ *Ibidem*, p. 54.
- ²² *Ibidem*, p. 103.
- ²³ *Ibidem*, p.104.
- ²⁴ *Ibidem*, p. 105.
- ²⁵ *Ibidem*, p.108.
- ²⁶ *Ibidem*, p.113.
- ²⁷ *Ibidem*, p.117.
- ²⁸ El capítulo estrictamente último encierra sus conclusiones sobre aquella antinomia instrumental, que resume así: "No es, pues, en el fondo, "banco" y "mesa" el planteamiento justo de los términos en oposición; como lo hemos sostenido, entendemos que la discusión está entre pedagogía tradicional y nueva educación. Los partidarios del banco, no lo son por el banco mismo, sino porque se basan en un sistema de ideas del cual el banco es la concreción; los que sostienen, en cambio, las bondades de la mesa colectiva están en idéntico caso". (*Ibidem*, p. 125).
- ²⁹ *Ibidem*, p. 121.
- ³⁰ *Ibidem*, p. 122.
- ³¹ *Ibidem*, p. 122.